

A black and white close-up portrait of a woman with long, dark, wavy hair. She is looking slightly to the right of the camera with a neutral expression. The lighting is dramatic, with one side of her face in shadow.

**NO PRONUNCIARÁS
EL NOMBRE DE DIOS
EN VANO**

CAMINO DÍAZ



Narrativa
PLAYA DE ÁKABA

NO PRONUNCIARÁS EL NOMBRE DE DIOS EN VANO

Camino Díaz

Primera edición digital: noviembre de 2017

© Camino Díaz, 2017

© de esta edición: Playa de Ákaba, S.L.

Fotografía de cubierta: © Xavier D'Arquer. Doblestudio.

Comunicación y Fotografía

Maquetación: Signo Comunicación Consultores S.L.U.

Impreso en España

ISBN: 978-84-947900-9-6

www.playadeakaba.com

playadeakaba@gmail.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ESTE LIBRO ES UNA FICCIÓN, CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD ES PURA COINCIDENCIA.

«Una señal inequívoca del amor a la verdad, es no mantener ninguna proposición con mayor seguridad de la que garantizan las pruebas en las que se basa.»

John Locke.

«El que mire a Dios a la cara morirá».

Antiguo Testamento.

«Quien con monstruos lucha, cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti».

F. Nietzsche.

CUATRO AÑOS ANTES

El despacho donde le hicieron pasar le resultó un lugar frío y aséptico, un lugar sin alma donde se podía llevar a cabo cualquier cosa, desde un asesinato hasta un interrogatorio duro y cruel, sin anestesia. Miró los estores metálicos de las ventanas, cerrados a cal y canto, que impedían el paso del sol que brillaba resplandeciente y el sonido alegre de los niños, y pensó que lo que iba a hacer se parecía mucho a un asesinato. Y eso se tenía que hacer siempre de espaldas a la gente. Con nocturnidad y alevosía. Con la persiana bajada y los estores cerrados.

Le habían citado hacía un mes y desde entonces, los treinta días que componían ese mes, había estado pensando qué iba a decir cuando se sentase en aquella silla. No había tomado una decisión concreta hasta ese instante, sentado frente a una mesa llena de carpetas en la que, en breve, se sentarían los que decidirían el futuro de su compañera. Lo había meditado con la almohada, con su mujer, con diez botellines de cerveza, nada había sido más decisivo que estar sentado en aquel despacho desalmado, ante la mesa gris que separaba su estatus del que le iba a interrogar.

Tendría que contar la verdad, nada más que eso, la puñetera verdad que nos hace libres o nos encadena para siempre. Al menos su verdad, esa de la que nunca podían desprender a uno porque la había vivido en primera persona. Luego otra cosa sería lo que ellos decidieran hacer con esa verdad unipersonal e intransferible.

En definitiva ella se lo había buscado, con su chulería y su alcoholismo. La apreciaba, eso era cierto. En el fondo de su corazón admitía que ella le había parecido siempre una mujer con dos cojones, pero díscola e inestable. Todos en la comisaría lo sabían, la habían echado de estupas, de homicidios, de cualquier parte donde hubiera que trabajar en

grupo y la habían degradado a realizar funciones de seguridad ciudadana con un uniforme que le incomodaba.

Escuchó el ruido de la puerta y ante él aparecieron el Inspector jefe y el oficial de policía que lo iban a interrogar, con un café humeante cada uno en las manos.

—Buenas tardes, señor Díaz.

—Buenas tardes.

—¿Sabe por qué está aquí?—preguntó el inspector jefe con unos ojos pequeños de sapo que lo contrariaron.

Pablo asintió de un modo lacónico. Ese tío con rostro de batracio parecía imbécil. Lo habían citado hacía un mes y la intervención policial dichosa había sucedido hacía ya seis meses. Si no sabía por qué estaba allí, es que era idiota.

—Comience a escribir—ordenó el inspector jefe al secretario, un hombre mucho más joven que él pero de rostro ladino y ojos desconfiados. Este comenzó a darle al teclado del ordenador de un modo tan ruidoso que le molestó sobremanera.

El interrogador volvió a mirarlo obviando el ruido excesivo del teclado al tiempo que le hacía una pregunta.

—¿Es usted compañero de Amanda Giménez Acosta en la Comisaría Centro de esta ciudad?

—Sí, bueno, lo fui hasta hace unos meses en que fue apartada del servicio.

—¿Cómo describiría usted el carácter de su compañera? Supongo que después de pasarse horas patrullando con ella sabrá decirme algo.

A Pablo le costó responder. Amanda era una mujer de carácter voluble y fuerte, una tía especial que tenía una manera peculiar de ser policía. Una mujer de modos rudos para ser una mujer, la verdad. Una especie de *Harry el sucio* pero con vagina y tetas y que según se decía en los corrillos cotillas, follaba de la misma manera, compulsiva y violenta. No era mujer convencional.

—Bueno, no la conocí mucho, estuve poco tiempo con ella, pero diría que es una mujer con un carácter fuerte y poco dada al diálogo.

— ¿Cómo se comportaba en su trato diario de trabajo? ¿A qué se refiere con que era poco dada al diálogo?

El batracio volvió a mirarle fijamente. Por un momento tuvo el descuido de sonreír. Visualizó a aquel tipo sacando su lengua bífida y tragándose algún mosquito. Intentó ahuyentar aquella visión surrealista, que le paseaba por la mente cada vez con más intensidad, para ahogar sus ganas de reír a carcajadas.

—Hacía su trabajo sin muchas palabras, eso es lo que quería decir, era una persona más bien introvertida pero con fuerte decisión en lo que hacía. Conocía su trabajo y lo llevaba a cabo sin dudas, esa es mi impresión.

— ¿Consumía alcohol durante el servicio?

Pablo odió a aquel tipo con Papada. Sabía perfectamente que Amanda era alcohólica, por eso se la quitaron de encima los de estupas y los de homicidios, todo el mundo conocía su adicción. ¿Por qué tenía que preguntarle a él? Estaba seguro de que ya tenía ese dato con certeza en su expediente. Según contaban en la comisaría por culpa del alcohol la había cagado en una operación importante de drogas. Era sabido que coleaba tras ella un pasado lleno de alcohol y cagadas.

—Usted sabe que sí.

—Entonces... ¿acudía en estado ebrio a trabajar?

—No lo sé, a veces bebía en el trabajo, alguna cerveza.

— ¿El día que murió Daniel Pérez Ortigas estaba ebria?

— ¡Y yo qué coño sé! Oiga, se cargó a un tío, vale, de eso va todo esto, pero no sé si iba borracha o no, yo no llevaba un medidor de alcoholemia en el bolsillo ni convivía con ella ¿comprende?

El sapo le miró cabreado pero al momento pareció cambiar de actitud.

—Bueno, venga, cálmese, no quiere joder a su compañera. Tome. —le acercó una cajetilla de tabaco con un cigarro a medio sacar. Pablo aceptó el cigarro y decidió calmarse, no iban a sonsacarle algo que no era su cuestión. Él no era un chivato y no iba a facilitarles la tarea, que lo investigaran de otro modo. Sabía que le habían hecho unos análisis el mismo día, después de matar al chulo de putas.

—Disculpe, pero no es fácil venir aquí y ponerse a hablar de una compañera que está siendo investigada y a punto de ser juzgada. Todos trabajamos juntos en la calle, todos luchamos ahí fuera contra el delincuente. Soy yo quien tiene que vérselas en una intervención con un compañero. ¿Sabe?

—Tranquilo, lo comprendemos, nuestro trabajo es difícil, en la calle se toma una decisión en pocas décimas de segundos que puede ser terrible para nosotros pero aquí dentro...las cosas son peores ¿no es eso?

Pablo entendió entre líneas. Aquel batracio quería parecer el poli bueno y sonsacarle información, pero no lo haría, él sería más listo. Y sí, era un trabajo jodido en el que si la cagabas te quedabas solo ante el monstruo de la Justicia y si te chivabas estabas vendido en la calle.

—Yo no he dicho eso. Es solo que no sé nada más, no la conocía demasiado. Verá, venía a comisaría, se cambiaba en el vestuario de mujeres y patrullábamos juntos pero no era una mujer de muchas palabras, ya se lo he dicho. Y sí, bebía alguna cerveza en el trabajo, pero no sé si le emborrachaban o no, desconozco su tolerancia al alcohol.

En ese momento recordó la tarde en que tuvo que detener el coche patrulla en una zona solitaria para que su compañera durmiera un rato la mona. Le había dicho que se marchara a casa, que no estaba en condiciones de trabajar pero ella no le había hecho caso. No se lo hacía nunca, cuando le decía que no entraran en el bar a beber cerveza yendo de uniforme o cuando le decía que intentara no complicar las intervenciones con sus comentarios desagra-

dables o su actitud chulesca. O que soltara del cuello al tío en cuestión que se había puesto tonto. Sí, estaba harto de ella, de sus contestaciones y de sus malos modos a pesar de ser una señorita pero en el fondo le daba pena. Era como ver un animal herido que pataleaba y gritaba porque le dolía algo. Estaba a punto de pedir un cambio de compañero cuando sucedió lo que les terminó de separar. Ella no se comportaba bien, pero de ahí a joderla...había un trecho.

Perro no mordía perro, eso lo había aprendido hacía unos años, cuando era un joven policía recién escudillado. Si un compañero se comportaba mal en el trabajo, uno se callaba y punto, para eso estaban los jefes que debían actuar en consecuencia. Él no iba a mojarse. Era mucho peor que te catalogaran como un chivato.

—Entonces pasemos ya a describir qué pasó el día 12 de septiembre. Cuéntenos lo más detalladamente que pueda qué sucedió ese día, de manera cronológica. Si su compañera tuvo algún comportamiento extraño antes de la intervención, o sea, si cree usted que iba bebida.

Pablo respiró profundamente y rodando el anillo de casado por su dedo comenzó la historia.

—Aquel 12 de septiembre hacía calor, era uno de esos días de septiembre en que parece que el verano todavía tiene arrestos y quiere demostrar al mundo entero que él también es un mes de verano —. Hizo una pausa y sonrió, aquella frase le había quedado poética—. Habíamos relevado a los compañeros de la mañana y no había gran cosa, todo estaba tranquilo, así que fuimos a tomar el café al bar de enfrente de la comisaría, como todos los días. Ya le he dicho que hacía mucho calor a esas horas.

— ¿Recuerda qué consumió su compañera en el bar?— el sapo lo interrumpió.

Intuía que le iba a ser difícil pasar por el relato sin ser interrogado.

—Creo recordar que se bebió un tubo de cerveza.

— ¿Para comenzar el servicio?... Prosiga.

—En el bar estuvimos viendo el telediario y comentamos algunas de las noticias. Amanda, con su particular manera de ver las cosas, dijo que todo era una mierda, que el mundo estaba podrido y no tenía solución. De pronto, por la emisora se escuchó que una pareja estaba discutiendo en la calle Carretas y que al parecer el hombre estaba maltratando a la mujer. Mi compañera y yo nos marchamos corriendo del bar porque, aunque la sala del 091 había comisionado a otro Zeta, fuimos en su apoyo. La zona es una zona peligrosa y pensamos que quizá había algo más, que tal vez podía tratarse de un tema de chulo-prostituta. Últimamente había problemas en ese sentido. Las prostitutas se quejaban de que un tío recién llegado a la zona les amenazaba. Suelen hacerlo para marcar territorio.

Pablo calló unos segundos. La cosa no había sido exactamente así. Había tenido que marcharse del bar solo, cansado de esperar a que Amanda decidiera dejar de beber. Después, se había arrepentido y había vuelto al bar para llevarse a su compañera a la intervención. Ahora lamentaba haberlo hecho, aunque quizá, si ella no hubiera ido, alguno de ellos estaría bajo tierra o la chica del coche con el cuello rebanado.

— ¿Qué sucede, se encuentra bien?—preguntó su interrogador.

—Sí, sí gracias, es solo que me gustaría beber un poco de agua.

—Hernández, vaya a por un botellín de agua.

El oficial de policía se levantó obediente y los dejó solos.

—No sé si me acordaré de todo, hace ya tiempo de todo esto. —Pablo tragó un bolo de saliva que se había quedado en la garganta. Intentaba contar lo justo, pero sin mentir.

—No se preocupe, somos conscientes de que tiene una fuerte presión encima pero piense que va a contribuir a es-

clarecer las cosas y sobre todo va a colaborar en mejorar este trabajo.

Las palabras que transmitía aquel hombre anfibio no concordaban con su mirada y sus manos de avaro. Mientras se las masajeaba la una contra la otra, sus ojos intentaban eludir los de Pablo porque en el fondo sabían lo que pensaban ambos de todo eso.

El oficial entró con el botellín en la mano y lo dejó al lado de Pablo, que lo cogió como si se encontrara en un desierto sin agua. Mientras tragaba el líquido elemento pensaba en su mujer y sus hijos, en que debía comportarse correctamente para seguir en un trabajo que cada día le parecía más pesado. Poco sueldo, muchos delincuentes en la calle y poco apoyo de los jefes cuando surgían problemas. Y en las salas de juicios peor aún, la justicia cada vez se ponía menos de su lado, pero tenía claro que debía mantener una familia y eso es lo que haría.

—Si se encuentra mejor puede proseguir. Nos hemos quedado en que su compañera y usted fueron en apoyo del indicativo que fue comisionado a la pelea de pareja en la calle Carretas.

—Fuimos todo lo rápido que el tráfico a esas horas nos permitió, aun poniendo los rotativos. Cuando llegamos nos encontramos a una pareja en un coche y a los compañeros de pie en la acera intentando hacer entrar en razón al individuo. Amanda reconoció al tipo como un chulo de la zona apodado el Dandi que se dedicaba a amedrentar a las chicas para presionarlas con el dinero, pero esta vez al parecer se había pasado con la coca. A la chica podíamos verla a cierta distancia y llevaba un moratón en el ojo y el pelo desbaratado, sabíamos que él le había pegado. La tía estaba acojonada. Los compañeros intentaban por todos los medios que bajaran del coche y justo cuando llegamos nosotros el tío sacó un cuchillo.

— ¿Cómo era el cuchillo?

—Pues era un cuchillo de grandes dimensiones, parecía uno de esos de cocina. Lo puso en el cuello de la chica y comenzó a gritar que si no nos íbamos a tomar por culo le rebanaría el cuello. La chica no hacía más que llorar y la cosa se puso muy tensa.

— ¿Dónde estaba su compañera?

—Ella estaba a mi lado. Fuimos poco a poco acercándonos al coche por la parte delantera. Vi de soslayo que Amanda sacaba el arma y entonces yo también lo hice. Encañonamos al tipo mientras le gritábamos que tirara el cuchillo, que depusiera su actitud y bajara del vehículo. Pero no lo hizo, muy al contrario, acercó el cuchillo más al cuello de la chica y le hizo sangre (eso estará reflejado en el parte de lesiones, supongo). Entonces, escuché una detonación muy fuerte a mi izquierda y al momento el tío del coche cayó fulminado encima del volante.

Pablo recordaba a cámara lenta aquellos fatídicos segundos. Vislumbró por el rabillo del ojo a su compañera que empuñaba el arma y gritaba « ¡Cabrón deja a la chica o te voy a dar un taponazo entre ceja y ceja! ». De pronto vio su dedo accionar el gatillo y al momento salir la bala por el cañón. Él gritó también con todas sus fuerzas a su compañera que no disparara, que no era buena idea, pero ella no le escuchó.

Todos sabían que había sacado muy buenas notas en los exámenes de tiro de la academia y que era una tía que no se amilanaba ante nada, pero también se sabía que tarde o temprano cometería la gran cagada, esa que te cambia la vida para siempre.

—Eso es todo lo que pasó, la intervención finalizó con la muerte del chulo, un tío bregado, con muchos antecedentes.

— ¿Vio si su compañera intentó primero disparar hacia partes no vitales del cuerpo o hacia otro lado? Tan solo se realizó un disparo, en eso es tajante el informe de Científica.

—Creo que no. Pero al menos el tío no mató a la chica, porque tal y como se puso la cosa lo habría terminado haciendo.

—Respóndame con sinceridad... ¿iba su compañera borracha, señor Díaz?

—Ya le he dicho que no lo sé.

—Le seré franco señor Díaz, en este cuerpo nos gustan las cosas bien hechas, no nos gusta que los jueces nos tiren de la oreja cada dos por tres, en ello va la reputación de nuestra institución y francamente creo que esta vez saldremos indemnes una vez más. Aquel tío era un delincuente y evitamos que ese hijo de puta se cargara a esa tía, o quién sabe, a alguno de ustedes, no sé si me entiende, ese tío está mejor muerto que vivo, menos problemas para nosotros y para la sociedad, así que bien hecho está, una vida por otra. En la cárcel no sería más que un gasto para el estado. Eso de la reinserción es una puta patraña.

Pablo lo miró asombrado. Aquel discurso de agradecimiento por cargarse a un tío era más de lo que esperaba. Seguro que el «pero» venía ahora.

El batracio continuó.

—Pero lo que está claro es que su compañera no solo iba borracha sino que lo iba todos los días desde hacía años, y ya sabe lo que significa emborracharse en este trabajo y además tomar según qué decisiones, demasiado peligroso. No podemos permitirnos el lujo de dar cabida a los John Wayne, esto no es el lejano oeste. Además conlleva falta muy grave. No solo disparó una sola vez sino que disparó a matar. Era experta en tiro, sabía perfectamente que si apuntaba a la cabeza, la bala terminaría allí. El resto de testigos dicen que había bebido, como siempre.

Pablo miró esta vez fijamente a su interlocutor. Sabía que al final iban a cargarse a su compañera, la expulsarían del cuerpo y quién sabe si al final saldría indemne del juicio. Vio en las pupilas del inspector jefe que le importaba muy poco la vida de sus subordinados y mucho menos la

de su compañera. Les daba igual si estaba deprimida o si tenía un problema grave de alcoholismo. No había un gabinete psicológico especializado en policías deprimidos como en las pelis americanas. Nadie había dicho nada durante demasiado tiempo. La decisión ya estaba tomada. No le darían más prorrogas. «Alea jacta est».

Pablo se levantó y correspondió al apretón de manos que le dio el inspector mientras un sabor agrio le subía por la garganta. Algo le decía que tipos como él tampoco le salvarían el culo a él si la cagaba alguna vez. Que aquellas oficinas tristes que ocultaban el mundo con sus estores metálicos no eran los lugares adecuados para decidir si un policía la había jodido o no, todo era mucho más complicado y sutil, pero no le correspondía a él decidir nada. Él solo era un policía que debía llegar a la jubilación sin cometer ningún error. Tenía que hacerlo, por sus hijos.

A la salida, el sol le recibió cegándolo momentáneamente, sus ojos se habían amoldado a la oscuridad aplastante de aquel despacho de la Jefatura Superior de Madrid donde habían asesinado el futuro de su compañera.

Mientras se dirigía a la parada de metro que le llevaría a casa, pensó en la línea tan delgada que separaba el fracaso del éxito. Cuando un policía saca la pistola todo puede pasar, y en un segundo de su vida decide si dispara o no. Nadie se acostumbra a eso, nadie está preparado para eso, ni en miles de años de trabajo y experiencia. Amanda había cometido un error y había sido ahogar sus penas en alcohol, pero nadie lo había intentando solventar. Ni siquiera él mismo.

¿Qué sería de ella?

Hacía meses que no la había visto y estaba convencido de que quizá aquella expulsión del cuerpo le supondría un renacer. A veces había que chupar polvo para levantarse y volver a empezar.

Bajó al metro y sonrió. Se imaginó a su compañera resurgiendo de sus cenizas. Una mujer como ella no se deja-

ría morir.

Mientras la parada del metro desaparecía de su vista sintió algo muy parecido a la esperanza. Algún día la llamaría, cuando todo esto pasara.